

el vengador de las ofensas pasadas, el reivindicador de la gloria futura del pueblo elegido, puesto que ha entrado en Jerusalem montado en una burra blanca, y que hasta sobre los brazos de la cruz había una inscripción que le saludaba como «rey de los Judíos». En calidad de Judío nació en Belén, y las genealogías, por otra parte discordantes, no dejan de unirle á David por intermediación de José, el esposo de María. Pero si es judío de la pura Judea, otra leyenda le hace también Galileo, hijo de la ciudad despreciada de Nazareth, lo que permitía á los semi-paganos, á los indefinidos extranjeros que se convirtieron, reivindicarle como uno de los suyos, y lo que autoriza en nuestros días á los antisemitas para ver en la persona de Jesús un ario auténtico¹. Por otra parte, ¿no tiene algo de Egipcio el hijo de María? Merced á su estancia sobre las orillas del Nilo durante toda su infancia pudo volver lleno de ciencia y confundir á los doctores del templo desde su primer encuentro con ellos. Según el Evangelio de San Juan, Jesús es también un filósofo platónico: él es el Verbo, la palabra creadora, el «mundo, representación de la voluntad».

En su persona, Jesús es el tipo contradictorio de los extremos: es á la vez el «Hijo del Hombre» y el «Hijo de Dios». Desde que el cristianismo se convirtió en religión oficial, no es sólo como Hijo de Dios, es como Dios, como Amo universal y Juez de los Vivos y de los Muertos como aparece el supuesto fundador del culto que lleva su nombre. Su imagen irradia ya desde lo alto de los cielos: los sacerdotes que le adoran y que tienden naturalmente á hacerse adorar no han tenido otro cuidado que engrandecerse infinitamente por su ascensión divina. Pero en el primer período de la evolución cristiana, Jesús era ante todo el Hijo del Hombre, un hombre pobre y humilde, un hijo de carpintero, condenado á morir como morían los esclavos, un compañero de los vagabundos y de los abyectos, que «no sabía dónde reposar su cabeza»². A causa de que conocía las miserias y las humillaciones del pobre, los pobres escucharon sus palabras, tuvo con él las mujeres despreciadas á quienes se quería lapidar y de quienes apartaba las piedras, y todos los que sufrían

¹ Edmond Picard.

² Evangelio según S. Mateo, IX, 11, VIII, 20

hallaban en él su intérprete cerca de Dios, porque era uno de los suyos. Con él tomaban cuerpo las reivindicaciones sociales, se convertían en un individuo vivo, de carne y hueso, y concentraban en él todas las esperanzas de justicia acumuladas durante el curso de los siglos entre todos los desgraciados, judíos ó gentiles. Porque en todo tiempo las pasiones religiosas sólo han sido secundarias comparadas con la aspiración del pueblo hacia el bienestar: los portadores de la «Buena nueva» eran aquellos que prometían á los pobres la posesión de la tierra y la paz en abundancia. Los cantos sibilinos, lo mismo que los gritos de los profetas, anunciaban la revolución social para un día muy cercano, para mañana, para hoy mismo quizá. «La tierra será el bien de todos. No se la dividirá por límites; no se la cercará con murallas. No habrá ya mendigo ni rico, amo ni esclavo, pequeño ni grande, no más reyes, no más jefes; todo pertenecerá á todos... ¡Ah! si la tierra no estuviera tan lejos del cielo, los ricos se hubieran arreglado de modo que la luz no fuese repartida por igual para todos. El sol, comprado á precio de oro, no luciría más que para ellos, y Dios hubiera sido obligado á hacer otro mundo para los pobres»¹.

La necesidad de justicia y de equidad que se encuentra en el origen de todas las transformaciones sociales se hacía sentir en todo el mundo romano, lo mismo en la Italia de los vencedores que en la Palestina de los vencidos: en todas partes la religión nueva recibía, pues, desde el principio el alimento necesario. Pero, en todas partes también se hallaba en presencia de elementos que le ayudaron á formular su doctrina y á darse un ceremonial definitivo: el cristianismo se extendió rápidamente sobre un inmenso territorio porque un movimiento íntimo de los espíritus le había preparado en todo lugar y porque los legionarios de todas las provincias se habían convertido en sus propagandistas. En un principio, la Palestina, país oficial, por decirlo así, del nacimiento del neo-judaísmo de los gentiles, tuvo una gran parte en su génesis profunda. La sociedad de justicia, tal como la habían soñado los profetas judíos, no había podido nacer bajo el régimen impuesto por los diversos

¹ Cantos sibilinos, II, 320; VIII, 3, citados por Gastón Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. II, p. 25.

conquistadores, seleucidas y romanos, y, bajo la dura prueba de los acontecimientos, los desgraciados, esperando en vano el milagro, habían debido tomar el único partido que les quedaba, y resignarse á la miseria, á las iniquidades triunfantes de este mundo odioso en que vivían. Separándose de la multitud frívola de las gentes de placer y de negocios, se habían puesto al lado de los infelices cubiertos de úlceras, como Job, ó que, á ejemplo de Lázaro, se sentaban á la puerta del rico para recoger las migajas caídas de su mesa: sin embargo, ellos se prometían una vida futura, en la cual, á su vez, gozarían de las beatitudes infinitas, y se darían contra los injustos de la vida terrestre la perfecta satisfacción de la venganza.

De este período de la evolución judaica data la creencia activa, poderosa, en una resurrección corporal, que sería al mismo tiempo una glorificación, una apoteosis para todos los que habían sufrido injustamente aquí abajo. Los Judíos primitivos, lo mismo que todos los otros pueblos, habían creído ciertamente en la persistencia de la vida más allá de la tumba, puesto que temían, y á veces invocaban, las almas de los muertos, pero los negros antros funerarios les parecían una mansión triste, y en la vida primera del aire libre y del claro sol suplicaban á Yahveh les concediese sus gracias. Las decepciones constantes, hereditarias, de los hambrientos de justicia hicieron nacer una idea nueva del ultra tumba. La invencible necesidad de reparación exigió que el Eterno hiciese amplia compensación á sus fieles haciéndoles sentar á su lado, que les revistiera de su propia gloria y les asegurase la inmortalidad bienaventurada. Esa mansión celestial, pura ilusión, espejismo sin substancia actualmente para muchos de nosotros, nació, sin embargo, de lo que á cada hombre parece la verdad fundamental, su derecho personal á la felicidad, y el desgraciado, viéndose obligado á renunciar á ella sobre la tierra, en la sociedad de los vivos, quiso realizarle á todo trance, y para esto imaginó una segunda vida en las alturas del espacio. ¡Cuántos que en nuestros días han abandonado las enseñanzas de la Iglesia, no pueden, sin embargo, abandonar la idea de que «se hará Justicia». Así se precisó, aun antes de Cristo, uno de los dogmas del Cristianismo, pero aparte de la sociedad oficial

de los amos y de los doctores, entre los pobres y los vagabundos despreciados, principal origen humano de toda renovación.

Por lo demás, todos los dogmas de la religión judía habían de entrar en el cristianismo con modificaciones diversas, causadas por cambio de medio político y social: así es como, según una palabra de los Evangelios, Jesús había venido «no para abolir la ley: sino para cumplirla»¹. Sin embargo, la nueva evolución religiosa, destinada á extenderse sobre todo el mundo romano, debía prepararse menos en la pequeña Judea que en la comarca limítrofe que era entonces el verdadero foco de los estudios y del pensamiento. Alejandría era á la vez la heredera de Egipto y de Grecia. Por lo mismo ha de verse allí con seguridad el lugar de nacimiento, si no del cristianismo popular, al menos del movimiento general de las ideas de donde ha salido: los acontecimientos pasan por un período de gestación profunda antes que tomen cuerpo y reciban de los historiadores la confirmación oficial de su existencia.

Anteriormente á los cristianos de Judea y de Antioquía, y relacionándose con las sectas esenias, la escuela judeo-griega de Filón había intentado realizar su ideal por el Instituto de los Terapeutas



Museo Guimet. Cl. Giraudon.
EXCAVACIONES DE ANTINOE,
CABEZA DE ANACORETA
Los ojos están cubiertos de una hoja de oro.

¹ Evangelio según San Mateo, v. 17.

ó «Curadores», que se estableció á la orilla del lago María (Mareotis, Mariut). Los novicios que se encontraban allí reunidos querían á la vez «curarse» personalmente de la vida material desprendiendo su alma por la oración de la grosera servidumbre del cuerpo, y «curar» los hombres ofreciéndose á Dios como víctimas voluntarias para la salvación de los otros. ¿Qué diferencia había entre esos hombres y los religiosos que después tomaron el nombre de cristianos? A pesar de las condiciones del medio histórico, los Terapeutas de Egipto eran realmente cristianos antes que el Cristo, y con justicia, Eusebio de Cesárea, el historiador de la Iglesia primitiva, vió en ellos fieles de su culto¹; por lo demás, debían convertirse después explícitamente, tocados por la palabra del apóstol Pedro. Como ha dicho Ernesto Havet², «Filón fué el primer padre de la Iglesia»; hasta puede preguntarse con Lejeal si la palabra griega *mesitas* ó «mediador» que empleaba Filón para designar el intermediario entre Dios y el mundo no es el que prevaleció más tarde bajo la forma de «mesías», palabra que se deriva ordinariamente de un término arameo, Machiach ó el «ungido»; también puede admitirse como muy plausible una desviación análoga en otro título del Hombre-Dios: antes de ser denominado «Cristo», cuya significación es también la de «ungido», Jesús era simplemente «Chrestos», es decir, «el Bueno».

Es incontestable que la doctrina de Pablo, seguida por el cristianismo naciente, reproduce con singular fidelidad la enseñanza de Filón de Alejandría; éste, apóstol por excelencia de la igualdad, sería, pues, en realidad, el hombre á quien debería atribuirse la mayor parte en la redacción de la fórmula definitiva traída por la gran revolución religiosa. La fraseología del filósofo judío y la del apóstol cristiano apenas difieren. Para el uno y para el otro el Cristo es el «hijo de Dios», el «creador» y el «mediador», el «heredero», el «pontífice» y el «sacrificador»; es la víctima que se encarna en un hombre para expiar los pecados ajenos por sus propios sufrimientos³. ¿No son las formas verbales que se hallan en

¹ Gustave Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Enero 1899.

² *Le Cristianisme et ses Origines*, II, p. 247.

³ Gustave Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Diciembre 1899, ps. 657 á 669.

el Evangelio según San Juan absolutamente las mismas que las empleadas por Filón? El origen común es evidente.

Bajo el impulso de la civilización greco-romana que unía los pueblos y les avergonzaba de su antiguo aislamiento político y religioso, los mismos Judíos trataban de ensanchar el sentido de su culto estrictamente nacional: uno de ellos, que llevaba el nombre griego de Aristóbulo, llegó á pretender que Yahveh era idénticamente el personaje representado por los Griegos bajo la forma de Zeus. Por otra parte la idea de un Dios único, menos estrechamente rencoroso y celoso que el dios de los Judíos, la idea de un soberano padre, de un ser que extiende la justicia y la bondad sobre todos los hombres, no era extraña á los Romanos, puesto que ya, en tiempo de los Tarquinos, se invocaba á Júpiter por los pontífices con estas palabras: «¡Oh, Dios muy Bueno, muy Grande, Júpiter, ó con cualquier otro nombre con que quieras ser llamado!» El templo del Capitolio, único en Roma y que simbolizaba por excelencia la fuerza de la nación, tenía esta dedicatoria: *Deo Optimo Maximo*

Sacrum, á la cual los sacerdotes de la segunda «Iglesia romana» no hallaron nada que modificar y conservaron respetuosamente en sus monumentos religiosos¹.

Judío, egipcio, griego y romano por sus orígenes, el cristianismo se unía igualmente al mundo iranio: sus raíces penetraban hasta el corazón de Oriente. Ningún acontecimiento podía producirse sin que de rechazo no se hiciese sentir en seguida en el conjunto del mundo conocido, comprendiendo en él hasta los países



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

CRUZ CON ASA, SÍMBOLO CRISTIANO

Antes que los Cristianos, los Egipcios usaban la cruz con asa, que para ellos simbolizaba la inmortalidad del alma.

¹ Jules Baissac, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 628.

como Persia, que se hallaban fuera del imperio, aunque participaban del mismo remolino histórico. Toda religión, para llegar á ser «ecuménica» en el verdadero sentido de la palabra, había de tener elementos persas, lo mismo que griegos, en su duradera organización.

La individualidad de Irania reapareció inmediatamente después de la muerte de Alejandro. Seleuco Nicator, aunque griego por su origen, á los ojos de sus pueblos era principalmente el dueño de Babilonia, que tenía bajo su mando setenta y dos sátrapas cuyo centro de gravedad era el antiguo imperio de los Persas. Pero ese dominio era demasiado extenso para que Seleuco pudiese subyugarle sólidamente, y la nación más enérgica de la comarca, la de los Partos, logró pronto, bajo el dominio de los príncipes arsacidas, reconstituir en su provecho la Persia propiamente dicha. Esos Partos pertenecían sin duda al mismo tronco que los Turcomanos de nuestros días¹, pero la dominación del mundo iránico, en el que no eran más que una ínfima minoría, los mezcló gradualmente con la raza que constituía la masa de la nación, y pronto se convirtieron en verdaderos Persas. Arrastrados en un movimiento de guerras incesantes, primero contra los lugartenientes griegos de los Seleucidas, después contra los procónsules romanos, tuvieron que desplazar frecuentemente su capital, en un principio instalada cerca de las «Puertas Caspianas»; pero cada victoria contra sus rivales del Oeste les permitía avanzar hacia la Mesopotamia, y los últimos soberanos partos, sostenidos por la masa de la nación irania, frecuentemente aliados á pueblos del Asia anterior, pudieron fundar sus palacios no lejos de las ruinas de Babilonia, en las dos ciudades de Seleucia y de Ctesiphon, que se miran una á otra sobre la corriente del Tigris; se les conoce hoy bajo el nombre árabe de Madain, es decir, «las Dos».

No obstante, bajo el gobierno de los Partos, el pueblo más puro de raza irania, los Persas ó Parsi, había conservado su preponderancia en el reino, y, finalmente, con Ardechyr ó Artaxerxes, ayudado poderosamente por el elemento religioso mazdeo, recobró

¹ A. Keane, *Man, Past and Present*, p. 319.



Museo Guimet

Cl. Giraudon

EXCAVACIONES DE ANTINOE.—DAMA CRISTIANA
PINTURA EN TELA DEL SIGLO III